

¿Hacia dónde van los estudios sociales?

Miguel Limia David

Filósofo. Instituto de Filosofía.

Hasta hace relativamente poco tiempo, personas que se consideraban bien informadas acerca de la vida espiritual de nuestra sociedad se creían con fundamento para afirmar -sin remordimientos de conciencia de ninguna índole-, que los estudios científico-sociales y su posible impacto en la vida de la comunidad dejaban mucho que desear, si no eran en rigor inexistentes. Estas opiniones, aun siendo prisioneras de una arraigada y sostenida subvaloración institucional y social del lugar y papel de estas ciencias en la vida de la sociedad, no estaban sin embargo, carentes de cierto fundamento.

Hoy la situación ha cambiado de manera significativa. Si alguien desease no darse por enterado de lo que ha venido sucediendo en este terreno, difícilmente lo conseguiría, y mucho menos lograría convencer a los demás de que tiene razón.

En la etapa actual que vive nuestro país no resulta posible comprender el estado de las ciencias sobre la sociedad -incluida la filosofía- si no se presta atención a las profundas modificaciones a que éste ha resultado compelido desde la segunda mitad de la década de los años 80.

La necesidad esencial de estas transformaciones ha sido de naturaleza interna, pues se ha engendrado por el estado de los nexos más estables y profundos que caracterizan la vida de la sociedad, tanto en la esfera productivo-material, como socioclasista, gene racional, profesional, política e ideológico-espiritual.¹

Sin embargo, en el desenvolvimiento histórico del políticamente denominado proceso de rectificación de errores y tendencias negativas -el cual pretendió con un grado u otro de acierto darle una respuesta progresiva a la citada necesidad cambiaron radicalmente las condiciones de existencia externas del organismo social, y surgieron exigencias de una nueva naturaleza y complejidad. Las contradicciones del desarrollo interno tuvieron que enfrentarse dentro de una situación radicalmente nueva de las relaciones internacionales.

Ya entonces no se trataba sólo de perfeccionar el socialismo que se venía construyendo, sino de salvaguardar las conquistas fundamentales logradas en el terreno de la independencia nacional, la emancipación social y la dignificación humana. Es decir, el asunto consistía en garantizar el carácter irreversible de la obra positiva realizada en el sistema social. Se entró de lleno,

y de forma rápida, inesperada y traumática, en el *periodo especial*. Así hubieron de fundirse, en un mismo proceso, la reestructuración provocada por los factores externos y la condicionada por los internos; y todo ello con la exigencia de conservar la gobernabilidad del sistema por medios esencialmente populares, humanistas, como corresponde a la naturaleza del proyecto.

Frente al sujeto de la dirección social se han planteado múltiples tareas gnoseológicas, cuya solución con un grado u otro de acierto o desacierto, condicionará tanto el resultado a corto plazo como el impacto estratégico de las políticas implementadas.

Los estudios sociales en el contexto actual: crisis y revisión

Se ha hecho necesario determinar el contenido mismo de la reestructuración a enfrentar, en virtud de unas y otras condicionantes, en los distintos terrenos de la actividad social; aclarar las formas de articulación de las fórmulas de «sobrevivencia» con las del desarrollo ulterior, de acuerdo con las finalidades trascendentes del proyecto social; precisar el contenido, las etapas, modos, vías, etc., de ambas reestructuraciones, a fin de que su despliegue resulte lo menos espontáneo y contraproducente posible; definir una nueva estrategia de desarrollo basada en una noción reevaluada del tipo de socialidad a que se aspira (me refiero a asuntos tales como la propiedad, la relación plan-mercado, descentralización-centralización, pluralidad-uniformidad, individuo-estado, estado-sociedad civil, participación movilizativa ejecutiva-participación decisoria, ética heroica-ética de la cotidianidad, mayoría-minoría, individuo receptor de derechos-individuo promotor de derechos y portador de deberes, etc., así como del tipo de hombre a formar y sus relaciones recíprocas.

Esta nueva socialidad debe resolver un grupo de problemas controversiales, como la propiedad social-individual y la relación plan-mercado. La solución exitosa de estas cuestiones funge como premisa espiritual indispensable para la actividad práctico-transformadora, política en particular. A mi manera de ver, no resulta posible obtenerla a partir del paradigma habitualmente afirmado en el discurso político institucional tradicional, pues los actuales procesos sociales le han cuestionado sus fundamentos instrumentales y determinadas premisas sociológicas de importancia.

Se requiere de una búsqueda que trascienda los marcos gnoseológico-cosmovisivos del paradigma tradicional que ya ha entrado en paradoja con la realidad. Esto, que en etapas precedentes podía parecer simplemente una «posibilidad teórica», ahora es un

requerimiento práctico, una demanda sin cuya solución la política práctica, virtualmente sólo podrá moverse en el mismo lugar o retroceder.

Otro asunto diferente -que aquí no abordaremos es *cómo* se ha de construir la articulación de las nuevas proposiciones teóricas con los fundamentos ideológicos más profundos del proyecto. Una cuestión sí queda suficientemente clara: la continuidad es imprescindible, porque se trata del proceso de *autoconciencia* y de actividad práctico-transformadora de un mismo sujeto macrosociológico sobre las condiciones de existencia y de sí mismo.

En virtud de lo dicho, los estudios científico-sociales y filosóficos constituyen un momento cada vez más importante de la actividad vital de la sociedad, *en el sentido* de que, sin su participación activa, resulta imposible resolver -sobre la base del predominio del factor consciente y los ideales del humanismo y la democracia verdadera- los complejos problemas estratégicos que la época contemporánea plantea ante el pueblo cubano, particularmente ahora, cuando el endurecimiento de las condiciones externas de la actividad convierte en más imperiosa la necesidad de la reorganización interna para poder sobrevivir y hacer progresar al sistema social en su conjunto.

Las mencionadas investigaciones están sujetas, de manera directa, a la modificación de la relación teoría social-práctica política que se ha empezado a llevar a efecto -aunque no a los ritmos que pudiéramos desear-, como condición indispensable y urgente para la defensa y promoción ulterior de las conquistas del socialismo, la consolidación de la independencia nacional y el consecuente desempeño exitoso de las tareas internacionales de la Revolución cubana.

Para la mayoría de las investigaciones sociales -en particular para las socio filosóficas y sociológicas aplicadas-, este contexto cultural en que se insertan ha venido implicando, ante todo, un cambio radical de sus relaciones con la práctica social vista en sentido amplio, y con la actividad política en primer término. Ello ha influido de manera directa en su objeto de estudio y en la configuración e introducción a la vida de sus resultados investigativos.

A mi juicio, el rasgo decisivo de este proceso de modificación sustancial del lugar y significación sociales de las citadas disciplinas consiste en que han comenzado a rescatar su papel de fermento de la cultura, su vocación genuinamente práctico-revolucionaria. Esto ha venido coadyuvando a un profundo cambio en la naturaleza del propio objeto de investigación y de los principios reguladores de índole gnoseológica y valorativa que presiden su elaboración y proyección sobre la sociedad. Pero ese cambio ha de marchar de prisa, so pena de quedarnos irremediamente

retrasados en la canalización del aporte que son susceptibles de efectuar las ciencias sociales al perfeccionamiento y desarrollo de la sociedad y a su correspondiente impacto en la comunidad internacional, tanto en el plano funcional como en el estratégico.

Este fenómeno resulta muy complejo y contradictorio. En primer lugar, se lleva a término dentro del marco de la agudización creciente, perceptible por todos, de las contradicciones internas de nuestra sociedad -que poseen como es lógico una expresión particularmente aguda y multifacética en la vida espiritual- y en el contexto internacional caracterizado por acuciantes y dramáticos problemas globales que exigen de la humanidad tomada como un todo, y de cada Estado-nación en particular, una codificación cardinal del modo con que se ha asumido tradicionalmente la actitud hacia la naturaleza y el sistema de las relaciones internacionales. Este fenómeno se hecho más complejo aún con los procesos de restauración capitalista que tienen lugar en los países de la ex comunidad socialista europea. Estos últimos han contribuido a estructurar la marcha hacia un mundo políticamente unipolar que amenaza ser regido cada vez más por los designios de los países capitalistas desarrollados, ante todo por los Estados Unidos de Norteamérica.

A ello se ha sumado la conocida crisis de la variante dogmática, esclerótica, del marxismo-leninismo, que servía de base teórico-ideológica a estas experiencias socialistas en la etapa posleninista y que se nos refrendaba políticamente con la pretensión y dignidad de constituir un logro supremo de la «civilización socialista» como tal.

Esta variante del marxismo-leninismo -que, dicho sea de paso, no es la única que se observó en Europa Oriental y la URSS, aun cuando muchos ahora afirman lo contrario- influyó en la vida política y espiritual cubana desde los años de la república neocolonial. Su presencia se multiplicó con creces después de la Revolución en los círculos científicos y académicos a través de las distintas formas de colaboración que eran usuales entre los países de la otrora comunidad socialista. Aunque debe señalarse que no se introdujo en los predios intelectuales sin determinada resistencia, ni en concordancia con los principios esenciales inherentes a los fundamentos mismos de la cultura nacional cubana. Sin embargo, mírense como se miren las cosas -sin ánimo de absolutizar o de simplificar el panorama-, sus huellas se hicieron manifiestas en un grado u otro en una parte significativa de la producción científica social académica y en la actividad docente por varios años. Y, lo que es más importante aún, en la manera de hacer de un considerable número de especialistas.

Esta variante del marxismo entró en irrevocable crisis porque, a fuerza de determinados factores socio culturales sobre ella actuantes -y que no ha lugar analizar aquí-, fue condenada a hacer traición al paradigma cosmovisivo, gnoseológico y práctico-transformador fundada por los clásicos de la teoría.

Ella substituyó el cuadro del mundo social plasmado en la obra de Marx, Engels y Lenin, por una representación en lo esencial materialista metafísica y vulgar de los fenómenos sociales, hasta el punto de romperse la unidad de la marcha del proceso histórico en el acceso al análisis de la construcción socialista y del desarrollo del capitalismo después de las primeras décadas de este siglo. Al período de tránsito del capitalismo al socialismo se le embellecía en el espíritu del evolucionismo vulgar. Los procesos relacionados con el llamado Tercer Mundo se aprehendían, como regla, desde una óptica eurocentrista. Al individuo se le disolvió en supuestos «mecanismos» objetivos existentes paralelamente y más allá de la actividad.

En virtud de ello, la sedicente ciencia social hecha en esos marcos, como regla, excluía del análisis los problemas de la cognición, valoración y conducta cotidianas; diluía al hombre en el *socium*; absolutizaba la actividad y la cognición científicas en detrimento de la actividad práctica y del vínculo práctico-transformador con la realidad; se abstraía de la especificidad de la cognición social; desatendía la necesaria elaboración ulterior de la teoría del desarrollo, social en particular; hacía caso omiso o rompía absolutamente con las diferentes variantes del pensamiento no marxista contemporáneo; desatendía el mundo de los valores realmente actuantes en la vida de los individuos concretos, etcétera.

La actividad científica social incorporó de cierta manera ideales gnoseológicos que, por su contenido e implicaciones, eran anteriores incluso a los del pensamiento temprano de la burguesía, aun cuando manifestaran una forma externa contemporánea. Se trata del dogmatismo, el escolasticismo y la especulación huera, criticados ya por Bacon en el siglo XVI.

Dicho de otro modo, el cuadro del mundo social inherente a este estilo de pensamiento en las ciencias sociales, se construía, en mucho, como *otra forma de existencia* del discurso político oficial; y los ideales gnoseológicos realmente actuantes obligaban a diferenciar no tanto lo verdadero de lo no verdadero, como lo oportuno de lo inoportuno, lo conveniente de lo inconveniente. Se entiende, entonces, que consciente o inconscientemente, la diferenciación se hiciera por medio de criterios también políticos cotidianos.

En consecuencia, la ciencia social académica, construida sobre estos presupuestos, no se encontraba

en condiciones para orientar de manera eficiente la actividad cognoscitiva a la búsqueda de la verdad, pues no contaba con un *criterio* científico independiente de ella. De lo cual se deriva que sustituyera, en mucho, su función eminentemente crítica-constructiva encaminada a la práctica, por una labor ante todo apologética de lo existente. Dicho sea de paso, la práctica que se llevaba a efecto no demandaba una teoría de otra naturaleza, sino todo lo contrario, estimulaba la generación y predominio de la que caracterizamos.

Las investigaciones sociales, en fin, se han visto en la necesidad de hacer frente a la mencionada crisis, no sólo por exigencias epistemológicas intrínsecas a ellas, sino además y ante todo, por una demanda de índole práctica surgida de la totalidad del organismo social y que encontró eco directo en la propia actividad política: contribuir a garantizar la consolidación de la independencia nacional y las conquistas de justicia social alcanzadas gracias al triunfo de la Revolución cubana, y que devenían en precario en la misma medida que se fortalecían las tendencias reaccionarias en la arena internacional.

Las transformaciones internas afrontadas por la sociedad cubana en los últimos tiempos han planteado, ante las ciencias sociales y la filosofía, tareas específicas de carácter social estratégico, y que no podían ser resueltas desde las posiciones del marxismo dogmático, el cual -como antes se dijo- con mucha dificultad pudo engarzarse en un grado u otro al pensamiento paradigmático de la Revolución cubana.

Para la asimilación de los nuevos objetos reales de investigación, los especialistas se han visto obligados y se verán más constreñidos aún en la medida que se profundice el reajuste de la sociedad como única alternativa posible de consolidación de la nación y las conquistas sociales de la Revolución, así como de contribución constructiva con las fuerzas progresistas contemporáneas- a ir modificando a fondo el viejo cuadro del mundo social interno y externo, la imagen del hombre que tenemos y que proyectamos formar, la representación elaborada acerca de los procedimientos y vías para alcanzar estos objetivos, los ideales gnoseológicos de conformación del saber puestos en práctica, así como el propio estilo y forma de producción del conocimiento científico, de su resultado.

Ha sido imprescindible, y continúa siéndolo, retornar al espíritu del programa de investigación y transformación de la realidad social fundado por los clásicos de la teoría marxista, y al modo en que éste se ha de desplegar en nuestra cultura nacional atendiendo a sus genuinos fundamentos históricos. Resulta necesario restablecer integralmente el vínculo en mucho perdido con el pensamiento científico de avanzada en el mundo,

en particular con el de América Latina, así como atender a las enseñanzas que aporta el desarrollo de la cultura nacional cubana en cuanto al lugar, naturaleza y función de la filosofía y las ciencias sociales, en el proceso de conquista de las aspiraciones siempre nuevas y más profundas de nuestro pueblo.

Dadas estas circunstancias, no resulta muy difícil comprender que no todos los estudiosos de la sociedad hayan reaccionado de la misma manera frente a la crisis del marxismo esclerótica y a las nuevas exigencias de la vida en el país; y ello no sólo y no tanto motivado por la heterogénea preparación o madurez de los especialistas y la dinámica específica de los distintos grupos de investigadores y docentes -que, desde luego, son factores que también han influido-, sino porque el proceso mismo ha sido demasiado complejo y las contradicciones impulsoras del desarrollo social muy diversas y agudas, tanto en el plano interno como en el externo.

Es conocido que, en épocas de profundos cambios sociales, los excesos cosmovisivos de uno u otro género son comunes. Pero tanto el nihilismo como el dogmatismo, al fin y a la postre, no hacen otra cosa más .que poner en evidencia que existen más problemas por resolver que respuestas ya elaboradas, por lo que se impone su búsqueda en unos marcos que aquéllos resultan incapaces de proporcionar. Toda crisis contiene en sí el germen de su superación; de lo que se trata entonces es de que seamos lo suficientemente capaces y oportunos como para seleccionar la alternativa que viabilice no simplemente el mantenimiento de la sociedad, sino el progreso en las circunstancias actuales.

Es por eso que, si bien de forma bastante masiva se observa una tendencia a responder positivamente ante el reto planteado por la sociedad y la lógica interna de las distintas especialidades -plasmada en el conjunto relevante de resultados científicos alcanzados en los últimos tiempos-, existen posiciones aisladas que cantan el réquiem al marxismo o tratan de asimilar la realidad social desde ángulos no situados en el rescate de este paradigma de investigación, sino acudiendo al indeterminismo y a ciertas variantes de idealismo subjetivo en la comprensión de la dinámica y las tensiones sociales.

Ello, por supuesto, no excluye a aquellos que, sencillamente, permanecen perplejos, como el famoso asno de Buridan. Ante la imposibilidad de atenerse a las viejas formas de hacer y de pensar, cada vez menos admitidas por la opinión pública -por no hablar ya de la propiamente especializada-, acompañada además de la carencia de una nueva y clara visión paradigmática que posea la sanción unívoca de la comunidad científica, practican una forma u otra de eclecticismo.

En definitiva, estas diferencias tendrán a la larga como piedra de toque a la propia práctica y no a la teoría en sí misma. La práctica será la decantadora y evaluadora por excelencia de las capacidades de los distintos intentos por contribuir a garantizar la sobrevivencia nacional y el ulterior florecimiento de la nacionalidad y de cada cubano, en un mundo que tiene por resolver, además, complejos problemas globales y que exigen ante todo más justicia social a escala planetaria.

En los momentos actuales, uno de los rasgos más importantes de la producción científica social en país es la remodelación organizativo-institucional que ha comenzado a sufrir su interrelación con la práctica, ante todo con la actividad práctica política.

Este proceso -orientado a la elevación del papel de las ciencias sociales en la vida de la sociedad, a la adecuada jerarquización de su participación en la toma de decisiones tanto en la determinación de los fines como de los medios de la actividad social- debe de alcanzar un nuevo nivel cualitativo con la organización de los polos científicos,² los cuales se encaminan a impulsar el diálogo directo entre la política y la actividad cognitivo-valorativa inherente a las ciencias sobre la sociedad, a partir de su real diferenciación como actividades sociales relativamente independientes.

Los polos en las ciencias sociales deben estar encaminados a constituir una forma nueva de interactuar tanto estas disciplinas entre sí como con la actividad política -aun cuando algunos en la ciencia y en la política, pongan el énfasis sólo en lo primero-, la cual ha de suponer y perseguir el planteamiento de problemas específicos en calidad de objetos de reflexión que constituyan prioridades sociales de primer orden en el país. Ello coadyuvará al enriquecimiento de ambas actividades y a la elevación de la eficiencia y legitimidad de sus impactos sociales respectivos.

Por la consecución definitiva de estos objetivos pasa el rescate -que viene configurándose-, no sólo de la función práctica humanista de las ciencias sociales en las dimensiones táctica y estratégica, sino también de su vocación revolucionaria emancipatoria, de cambio. Ello engendra, además de modificaciones positivas importantes en el papel social de estas disciplinas, transformaciones radicales en el ritmo, estilo y modo de su actividad, tanto en la definición de los objetos de investigación como en la configuración del propio resultado alcanzado. Esto exige transitar a formas nuevas de interacción e integración entre las disciplina científico-sociales.

Todo lo antes considerado entraña, ante el sujeto de dirección social, el requerimiento de canalizar el desarrollo ulterior de las ciencias sociales de modo que responda a las nuevas exigencias históricas, susceptible

de potenciar las capacidades creadoras de estas disciplinas en las condiciones actuales. Así mismo es necesario propiciar ajustes estructural-organizativos y de cultura y estilo de dirección, a fin de viabilizar el incremento de su impacto en el perfeccionamiento y marcha ulterior de nuestra sociedad y su significación en la arena internacional, tanto en lo que se refiere a las investigaciones aplicadas como a las de naturaleza fundamental.

Tendencias fundamentales de desarrollo en lo adelante. Algunos problemas

Tomando en consideración lo anteriormente dicho, es evidente que entre las tendencias centrales del desarrollo de la actividad científico-social en el país se deben encontrar las siguientes:

- La confluencia creciente de las distintas especialidades en torno a problemas cuya solución práctica resulte priorizada por la demanda social. Me estoy refiriendo a los hasta ahora conocidos como Programas Estatales y a otras formas de integración que han aparecido antes y alrededor de la experiencia de los polos científicos. Ello está condicionado por el carácter sistémico, integral, que poseen los asuntos actualmente acuciantes; por lo cual requieren respuestas del mismo corte, sólo susceptibles de ser dadas por el conjunto de las distintas ciencias sociales en interacción desde sus distintos ángulos de trabajo. Esto no supone indiferenciación de los perfiles, sino confluencia, sobre un mismo objeto problémico de distintos planos de investigación. Por supuesto, ello requiere resolver tareas gnoseológicas complementarias derivadas de la necesaria articulación de los objetos, métodos y resultados de investigación. De ello se deriva entonces una *creciente actividad científica en torno a problemas sociales medulares* para el desarrollo del país, y, además, un *incremento de la autorreflexión metodológica* de las distintas disciplinas y sus enlaces.
- Si tomamos en cuenta la lógica especial de nuestra sociedad actualmente, puede afirmarse que entre el conjunto de estos problemas cuya solución integral se promueve a primer plano, se deben de encontrar *ante todo* los relativos a la producción material. Me refiero, particularmente, a las cuestiones de la organización social y empresarial del trabajo, a las relaciones organizativo-tecnológicas y organizativas de dirección, y a las relaciones propiamente económicas en los distintos sectores o formas de producción del país -incluidas las empresas mixtas, el turismo, etcétera.

Desde mi punto de vista, *la definición de la suerte histórica y el lugar definitivo de los colectivos laborales resulta crucial* para el futuro mediano e inmediato del país, tanto en el marco de la propiedad estatal como en el de la mixta o la cooperativizada. Este asunto, hoy vislumbrado, por ejemplo, en la organización de las unidades básicas de producción cooperativa, es de trascendencia estratégica para el devenir de la sociedad y debe ser enfrentado por las ciencias sociales en toda su complejidad y hondura, tanto por su trascendencia económica como política e ideológico-cultural.

Por supuesto que esta tendencia incluye el estudio del sector económico de propiedad mixta, dadas de las implicaciones globales y de largo alcance que tiene para la vida del país; no sólo o fundamentalmente en el sentido tecnológico y productivo, sino en el ámbito social, en la dimensión integrativa de la vida de los grupos sociales objetivos que genera, y de otros que modifica, como resultado de las específicas relaciones sociales de producción, distribución, cambio y consumo, así como de carácter organizativo (relación dirigentes-dirigidos). Las ciencias sociales están llamadas a plantearse no sólo los problemas puramente locales u organizativos, sino, además, los de carácter estratégico a este respecto.

En los momentos actuales, la definición de la doctrina económica del país en lo ulterior es de importancia estratégica, por lo que las ciencias sociales han de desempeñar una función insustituible no sólo en el diagnóstico de la realidad económica y su refracción en las distintas comunidades e individuos, sino también en la delineación del modelo estratégico a desenvolver en esta esfera tan crucial de actividad.

Los problemas relativos a la organización, funcionamiento y desarrollo de la vida política del país, en relación con el conjunto del organismo social y sus condiciones externas e internas de desarrollo, también parecen atraer sobre sí el enfoque coincidente de las distintas ciencias sociales, pues se trata de aportar soluciones originales y eficientes que conduzcan a la reestructuración integral del sistema político-jurídico, que tiene como sujeto real al pueblo trabajador y como método de actividad la participación democrática.

La necesidad de trabajar a fondo asuntos claves para toda la evaluación cognoscitiva de la realidad social cubana, como es el cuadro del mundo social y el proyecto de hombre cubano a que se atienen, de forma más o menos consciente, los investigadores al producir conocimiento. Ello exige comprender más cabalmente a nuestra sociedad

como organismo contradictorio sujeto a desarrollo de un corte u otro, y aprender a evaluarlo por criterios humanistas genuinos a tono con el ideal nacional-liberador, emancipador social y dignificador humano inherente al pensamiento revolucionario cubano genuino.

El debate en torno a qué entendemos por progresivo y qué por regresivo en nuestra sociedad, qué fenómenos son negativos, cuáles son positivos, cuáles de estancamiento, está objetivamente condicionado. Las ciencias sociales no pueden rehuirlo, so pena de castrarse. Algunos investigadores no concientizan el carácter esencial de este problema, pero constantemente les aflora a la hora de tener que *valorar, evaluar*, las constataciones y correlaciones empíricas obtenidas en los distintos temas de investigación, según sus implicaciones globales o locales para la sociedad, la clase, la generación, la familia o el individuo concretos. Esto es hoy más importante aún porque, además de las profundas indefiniciones y conflictos ideológicos en que nos debatimos, estamos sometidos a la tremenda presión del liberalismo y necesitamos encontrar nuestro verdadero lugar a partir de las capacidades constructivas propias. Es imprescindible desarrollar la doctrina de nuestras pretensiones utópicas, de nuestro deber ser, corregido a tono con las experiencias del «socialismo real» derruido y la práctica revolucionaria de nuestro país.

De aquí se deriva la urgencia del papel incrementado que han de tener las investigaciones sociales en la elaboración de los *finés estratégicos* de la sociedad para garantizar la supervivencia y el progreso del organismo social, como un todo, y de los distintos individuos.

A la luz de lo dicho se comprende, entonces, que las investigaciones teóricas en el marco de las distintas disciplinas sociales, y no sólo de la filosofía, estén llamadas, en lo adelante, a ocupar un lugar, a mi juicio, crucial. Dicho de otra manera, se han de priorizar, sin mengua de las investigaciones aplicadas, o mejor dicho, en estrecho vínculo con ellas, pues se presuponen mutuamente. *Ellas no sólo responderán a exigencias irrecusables de la actividad científica en sí misma, sino de todo el sujeto social que está en franca reorientación de su paradigma de acción práctica, política en particular.*

La dinámica de nuestra sociedad advierte hoy contra la propensión a entender sólo en un sentido estrechamente utilitario a las ciencias sociales y, en consecuencia, a privilegiar únicamente las investigaciones aplicadas.

La sociedad cubana demanda no sólo conocimientos científicos para regular su funcionamiento de una manera óptima y mantener

la homeostasis a fin de hacerla gobernable en ciertos marcos, sino además, *saber, ideas científicas y humanist confiables*, susceptibles de garantizar su desarrollo progresivo, su salida de la precaria situación actual. Ello implica la crítica a fondo de los fundamentos mismos de la socialidad que hemos venido construyendo, de la cultura, y la elaboración de propuestas teóricas de largo alcance estratégico, que pasen a formar parte del paradigma revolucionario que fundamenta la actividad masiva. Satisfacer esta exigencia sólo es posible priorizando las investigaciones teóricas en las distintas ciencias.

De lo dicho se deriva que, de manera natural, sociedad parece exigir una renovación del nexo entre las ciencias sociales y la ideología revolucionaria, que se encuentra, hoy por hoy, sometida a una profunda renovación, pues conceptos, proposiciones y fórmulas de actividad, que se consideraban estables, confirmados por la práctica e inamovibles han mostrado su relatividad o inapelable insolvencia histórica.

En los momentos actuales esto es más imprescindible aún por el aporte que, necesariamente, estas disciplinas deben proporcionar a la redefinición los ideales sociales en su conjunto, del mundo de los valores, en primer lugar éticos.

El incremento del volumen y la calidad del conocimiento científico social en el país, de las tareas que ha de afrontar, así como de la calificación de especialistas, trae consigo, además, que se dibuje como una tendencia inevitable la priorización, del problema de los ideales gnoseológicos que rigen el proceso de investigación de la realidad social.

El examen de las investigaciones científicas sociales realizadas en los últimos tiempos arroja como resultado un insuficiente grado de autoconciencia metodológica entre los especialistas, un índice no elevado de concientización de los ideales que se emplean para *describir* empírica y teóricamente, para *explicar* lo conocido en un nivel u otro, para *construir* tanto el conocimiento empírico como el teórico y también para *demostrar* las diferentes proposiciones que se promueven. De ello se deriva la necesidad ineludible de elevar el nivel de exigencia en esta dirección, a fin de mejorar la calidad de los resultados que se obtengan y hacer más eficiente el vínculo con la actividad práctica mediante un empleo más productivo del instrumental empírico y teórico de la ciencia.

En esta misma dirección parece imponerse la necesidad de que las investigaciones sociales presten más atención a la forma en que construyen el vínculo de salida de su resultado cognoscitivo a la práctica social. A mi manera de ver, se transparenta la

necesidad de construir los resultados finales atendiendo, cada vez más, a las exigencias de la lógica ,especial de la *comunicación social, del trato social*, de las características gnoseológicas, valorativas, volitivas y conductuales del usuario de la información, a fin de elevar su eficiencia y grado de incorporación a la práctica social.

En mi opinión, sigue siendo una tendencia actual el análisis de las fuentes (contradicciones dialécticas) y tendencias de desarrollo esenciales de la sociedad cubana, tanto en el plano interno como en el externo. No únicamente con la intención de poner de manifiesto el estado de desarrollo alcanzado por el organismo social y el grado de algidez de sus disímiles problemas, sino también para develar sus contradicciones más profundas y las vías, modos, métodos y procedimientos para regularlas en el sentido del progreso. Dicho de otro modo, en la dirección del afianzamiento de la independencia nacional y del proceso de *desenajenación* de los distintos grupos sociales e individuos.

- Continuar el estudio de las características estructural-funcionales más importantes del organismo social, vistas desde una perspectiva histórica y con el objetivo de arribar a consideraciones que puedan contribuir a su optimización y perfeccionamiento organizacional. Esto incluye el análisis sistemático de las relaciones socio-clasistas, de las generacionales, del papel y lugar social de las distintas clases y grupos sociales, de la familia, etcétera.

- Seguir investigando la formación y el desarrollo de la personalidad como resultado del proceso de producción y reproducción social tomado en su integridad.

- El proceso de formación y desarrollo de la cultura, nación y nacionalidad cubanas, así como de sus tendencias actuales y el contexto económico, político e ideológico-espiritual internacional en el cual se inserta.

- Las peculiaridades del condicionamiento genético, el funcionamiento y desarrollo de la vida ideológica-espiritual del país; las complejidades que entrañan los distintos fenómenos morales, políticos, religiosos, psico-ideológicos, etc., que ocurren en la esfera de la conciencia social y su proyección hacia la realidad productiva, social y política del país.

- La dialéctica de la relación individuo-sociedad vista en sus múltiples dimensiones práctico-espirituales, contempla el análisis de la correlación derechos-deberes, libertad-responsabilidad, intereses personales-intereses colectivos particulares e intereses sociales generales. Este asunto, que, se percibe como una demanda clave de las investigaciones sociales en Cuba, obedece, en el plano más general, a las

profundas transformaciones que han ocurrido en los vínculos entre los individuos y las diferentes colectividades sociales, como resultado y en el transcurso de la Revolución cubana, lo que ha hecho caducar *al modo* con que se le asumía en los años 60 y 70, y ha levantado preguntas estratégicas imposibles de resolver en los marcos de esos códigos y lenguajes políticos-culturales.

Una de las tendencias que ha de imponerse para el desarrollo progresivo de nuestra sociedad es el crecimiento del papel de los colectivos de científicos en la vida de la comunidad, en sus distintos niveles de estructuración. Estoy refiriéndome a la forma de participación democrática de los colectivos laborales de científicos y de los investigadores individualmente tomados en la definición, instrumentación, promoción y control de las políticas en los niveles municipales, provinciales y nacional, a través de múltiples vías, como los grupos de expertos, los asesores o consultantes, los convenios interorganismos, las comisiones de trabajo. Ello, por supuesto, exige modificar cuestiones importantes de los actuales estilos de dirección y cultura política, así como las formas de trabajo de los investigadores.

En vista del incremento esperado de la introducción a la práctica de los resultados, así como de las diversas formas en que éstos han de producirse, se aprecia la necesidad de remodelar los mecanismos de legitimación y aprobación de los resultados científicos, es decir, la labor de los consejos científicos o grupos de expertos y colectividades laborales. Se impone la necesidad de agilizar el control de calidad de los resultados de investigación. Esta, sin duda, será una de las tendencias de desarrollo de las investigaciones sociales, si las vemos en un sentido amplio: la optimización de los mecanismos de control de la calidad y de definición de estrategias de investigación.

Es previsible también una renovación e intensificación del enlace entre las ciencias sociales y

el ciclo socializador, lo que incluye particularmente a la escuela y los medios de difusión masiva. Ello, ante todo, se refiere a la función cosmovisiva integral que deben desempeñar estas disciplinas en la formación del rostro moral-volitivo y conductual de nuestras nuevas generaciones.

Vistas así las cosas, resulta justificado afirmar que la participación de las ciencias sociales, a fin de contribuir a una salida progresista del actual período de reestructuración y reorientación integrales que ocurre en la sociedad cubana, alcanza significación estratégica. Por tanto, en estos momentos deviene más contraproducente e infundado que nunca la subvaloración o tratamiento prejuiciado de la significación y lugar que en el conjunto de la sociedad poseen sus portadores y los resultados que producen.

Notas

1. Miguel Limia David, Jesús Pastor Brigos, Carlos Delgado Díaz, *et al.*, *Las contradicciones esenciales del desarrollo de la sociedad cubana contemporánea*. Informe final de investigación, Instituto de Filosofía, La Habana, mayo de 1990. (Inédito.)

2. El Polo de Humanidades es una forma organizativa coordinada por la dirección del PCC, creada a inicios de los años 90, para propiciar la colaboración y el intercambio entre sí y con representantes de organismos e instituciones estatales, políticas, docentes, sociales-masivas, etc. Ha contribuido a delimitar objetos de investigación social altamente sensibles para el presente y futuro del país (colectivos laborales de nuevo tipo, implicaciones sociales globales del turismo, el Plan Montaña, etc.) y a estimular la aplicación en la práctica social de los resultados obtenidos por las investigaciones científicas.

© TEMAS, 1995